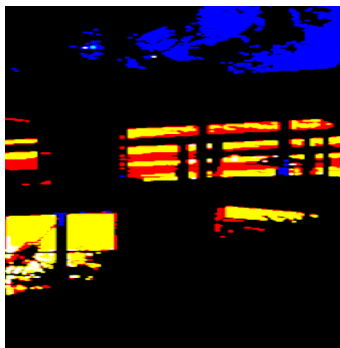


Guy Jimenes

La mansión del crimen



*roman traduit
du français à l'espagnol par*
Anne Guillot

Éditions Barbedogre
2025

La mansión del crimen est la traduction
de la nouvelle édition de
Villa du crime
(Éditions Barbedogre, 2025)

*Ce livre électronique est distribué
sous licence Creative Commons.
Pour information, consulter les pages suivantes :*
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.fr>
guyjimenet.net/livres-electroniques

© Anne Guillot
Les Râpées
45320 Courtenay-France
anne.guillot3@orange.fr
2025
Tous droits réservés

1. El hombre del perro

A las 10 de la mañana, las cigarras ya están celebrando al sol. María trepa la cuesta por la maleza. Su padre acaba de advertirla :

– Uno se debe de perder fácilmente en esta garriga.

Ella ha cerrado la puerta, Damián ha embagado, y la berlina ha vuelto a avanzar cuesta arriba.

A María le fastidia el exceso de prudencia de su padre. Siempre ha sido ansioso, y aún ha empeorado desde que Isabel y él se separaron. Por su trabajo devorador de tiempo, sólo tiene la custodia de su hija dos fines de semana al mes. Y algunos días más esparcidos entre las vacaciones de invierno y las de primavera. Sin embargo, se reserva dos semanas completas en el mes de julio para estar con ella.

Entonces, Damián lo hace todo para complacerla. María no abusa de ello. No es una de esas niñas caprichosas, piensa, al recordar a algunas de sus amiguitas de clase.

Sus pensamientos la proyectan al próximo septiembre. Entrará al colegio. A la vez lo desea y lo teme. El colegio no está cerca de casa, tendrá que coger el autobús, y luego el tranvía. No estará sola : sus dos mejores amigas estarán con ella. Ojalá se compaginen sus horarios.

Los cardos de la cuesta le arañan las pantorrillas. De saberlo, se hubiera puesto vaqueros en vez de pantalón corto. Este retorno a la realidad le hace olvidar la vuelta al colegio. Ya no ve la mansión que había divisado desde la carretera y avanza al tuntún. Empieza a tener calor y lamenta no haberse puesto una gorra ni gafas de sol.

Su padre va a llegar primero y ella perderá la apuesta. Se le presenta una elección : o dar la vuelta a un macizo formado por una roca en parte cubierta de vegetación, o izarse para intentar localizar la mansión. Aficionada a la escalada que practica en un club, María escoge la segunda opción y ataca la piedra. Sus dedos firmes se aferran a la caliza de la roca, mientras busca con la punta de sus ligeros zapatos de tela roja los apoyos más seguros. Se alza algunos metros, consciente del riesgo de caída, pero evaluándolo bien.

Se restablece, se da la vuelta y toma el tiempo de considerar el camino recorrido. «Una cabra montañesa», la apoda su madre, tanto para alabar sus cualidades físicas de escaladora como para subrayar su carácter testarudo. Sonríe sin darse cuenta siquiera, barre el paisaje alrededor con la mirada y, con gran asombro, descubre la mansión un poco más abajo.

Es una casa de los años 1950, con un techo inclinado dejando espacio a una terraza. Esto había seducido a Damián, en la página web de la agencia. «Estoy seguro de que se verá el mar, desde ahí arriba» se entusiasmó por adquirir esta casa, cuanto más cuanto que el precio era curiosamente barato.

Al considerar la mansión de más cerca, mientras María camina hacia ella, le parece menos imponente que en las favorecedoras fotos publicadas en línea. Más antigua, también, con aquel aire de paquebote hundiéndose por la parte delantera, que le dan su forma inclinada y las aperturas en ojos de buey de la terraza. Acentúa la imagen de barco que se hunde el talud que la borda, guarnecido de gruesas piedras parecidas a arrecifes.

Debieron de retocar el blanco inmaculado de los muros en las fotos : pues tira a gris. Debe de ser imposible ver el mar, ya lo habría contemplado María desde la roca a la que ha trepado. Sin embargo, la mujer de la agencia, que

pronto se juntará con ellos, lo aseguró : la costa está muy cerquita, sólo se tarda veinte minutos en llegar a la playa en coche.

María ya avanza bajo los pinos. Le han escondido la casa durante la mayor parte de su ascenso. No resulta desagradable caminar sobre una alfombra de agujas y en esta sombra saludable. Sólo se pregunta si no va a llegar a la casa por el lado malo, y si la verja que ciñe el terreno no la obligará a dar media vuelta.

El ronquido característico de un vehículo trepando a bajo régimen la incita a apurarse para llegar antes que su padre. Pero, superando el ruido lejano del motor, un gruñido gutural la para en seco.

¡Un perro! Una raza de pastor belga, color de fuego, le ha surgido delante. El pelo leonado del animal tira a negro del pecho a la boca, subrayando el blanco de los colmillos, el rosado repugnante de la lengua y de los bellos retorcidos.

María ahoga un grito de terror, contiene la respiración. Sobre todo, no moverse, no hacer nada que pueda provocar el ataque del animal. María está convencida : le saltará a la garganta al menor sobresalto.

Un silbato breve. Inmediatamente, el perro deja de gruñir y se dirige, sumiso, hacia su amo. María cree un instante que éste va a pedirle disculpas o, al menos, tranquilizarla. Apenas lo divisa : un hombre de estatura mediana, vestido de un chándal negro, que no lleva zapatillas de deporte sino calzados cubiertos de polvo. Empuña el collar de su perro al mismo tiempo que indica a María con la mano que puede seguir adelante. Lo que hace ella tras dirigirle «gracias» puntuándolo con una señal de la cabeza.

Todo esto ha durado menos de un minuto y, cuando María se da la vuelta, el hombre del perro ha desaparecido. Se juzga estúpida y cobarde por haberle dado las gracias. Ese tipo tiene toda la culpa, no se debe pasear a su perro sin correa.

– ¡Capullo! lanza, no muy fuerte. ¡Que tu can apesta!
Se pregunta. ¿Quién es ese hombre? ¿Un empleado que vigila las casas circundantes? ¿Un vagabundo? ¿Un simple paseante?

María acelera el paso y alcanza, pocos minutos después, la verja de la finca, que bordea unos veinte metros para acceder a la mansión.

*

Todavía está temblando Monzini. Al surgir Liliana a la vuelta del camino, se asustó. No se esperaba verla de nuevo tan rápido y no la reconoció de inmediato.

La manera de vestirse y el corte de pelo se modificaron desde el año pasado. Hasta los rasgos de la cara ya no son los mismos. Liliana le parece más bonita desde que murió, y como sosegada.

«Me ha dado las gracias. ¿Te imaginas? ¡Me ha agradecido!» El perro lo mira moviendo el rabo, feliz de haber avisado a su amo, que estaba somnoliento.

«Ella sabe por qué he vuelto.»

2. Meredith

María entra por el portal metálico que se abre sobre una corta alameda. Su padre ya ha llegado, y contempla la fachada. El coche cuyo ronroneo ha oído no era el suyo. Era el pequeño Fiat color crema y de techo granate de la señorita de la agencia, quien llega justo detrás de ella, haciendo chirriar la gravilla.

El vestido claro y ligero de la consejera inmobiliaria, con la cintura ajustada, pone de relieve sus piernas bronceadas. Las gafas de sol sujetan atrás una opulenta melena dorada. María ya lo ha notado : ¡su padre la está comiendo con los ojos!

– Habríamos podido hacer el camino juntos, le dice él acercándose a su encuentro.

– Pensaba tardar más con mi cliente, responde. Además, tendré que volver.

– Pues con gusto la hubiera acompañado, Meredith.

Damián pronuncia con fruición este nombre poco común que la joven había blandido como un estandarte al acogerlos. María observa con incredulidad la sonrisa de su padre, que él imagina engatusadora y que ella juzga boba.

Bajo el encanto de la consejera, muestra una indiferencia total para con su hija. Se olvida de jactarse por haber ganado su apuesta, y ni siquiera le pregunta qué tal le fue la subida.

Meredith se vuelve hacia María :

– No has elegido el atajo más fácil. Te he visto mientras estabas trepando. Se te da bien la escalada.

- ¡Gracias! contesta María, satisfecha de tomar consistencia de nuevo. En realidad, me he perdido un poco, con lo cual papá llegó antes que yo.

La imagen del hombre del chándal negro y del perro no ha abandonado su mente. María ha experimentado un miedo atroz, aunque esta emoción no ha tenido el tiempo de fijarse en ella. Todo ha sido tan breve. El hombre llamó a su animal, y le dirigió a María un gesto con la mano. Una mano extraña, recuerda de repente, blanca como una endivia. No se puede creer que una mano sea tan láctea, repugnante.

- ¡María, pareces aturdida! exclama Damián. No nos quedemos en pleno sol, tenías que haberte puesto una gorra. No es razonable.

- Entremos, propone Meredith. Deben de estar impacientes por descubrir el lugar de ensueño donde han de pasar las vacaciones...

La primera impresión resulta un tanto decepcionante por el olor a encerrado. Meredith se precipita para abrir ventanas y persianas, ayudada en ello por Damián.

- Ustedes son los primeros huéspedes de la temporada, se justifica Meredith.

Damián se asombra :

- ¿No se alquiló la mansión esta primavera?

- No, en efecto. No ha sido ocupada desde el... digamos desde hace cerca de un año, pues.

María ha notado la duda de Meredith.

- ¿Hay un guardia? pregunta.

- No, ningún guardia, contesta la consejera con un deje cantarín. ¿Por qué lo preguntas?

- Teme el aislamiento, interpreta Damián con una media sonrisa, mientras que es precisamente lo que estamos buscando.

- Lo que tú estás buscando, corrige María, molesta por el tono condescendiente de su padre y consciente de que

la utiliza para seguir su operación de seducción para con Meredith.

– Los precedo, dice la consejera.

Damián aprovecha la ocasión para dirigir una mímica a su hija, con los dos índices estirando la comisura de los labios, para invitarla a sonreír. Ella responde con una mueca y él alza los ojos al cielo.

Finalmente, María no tiene nada en contra de la casa, excepto ese olor a encerrado que las corrientes de aire generadas por la apertura de las ventanas empiezan a quitar.

Le gusta el salón, con un sofá confortable y una pantalla de televisión ancha. Al menos, si se aburre, podrá ver series y vídeos. En una estantería, ha notado algunos que la interesan. Consiente, sin esforzarse demasiado, en reducir su cara enfurruñada.

Damián, por su lado, admira las dos lámparas de gres cerámico, una azul, la otra roja, colocadas cada una en un velador, enmarcando la puerta vidriera que da al jardín.

En la planta de arriba, las dos habitaciones son espaciosas, limpias, dotadas del confort básico.

Como en la planta baja, marcas en el suelo indican el sitio de los muebles. Las camas son idénticas, y un olor a nuevo se mezcla con el otro. En el techo, manchas dan pruebas de un problema de filtraciones.

– El inconveniente de las terrazas, suspira Meredith. Como lo ven, se ha reemplazado todo el antiguo mobiliario. Se han montado armarios sencillos y cómodos. Camas, mesillas de noche, lámparas, sábanas y edredones – se ha cambiado todo.

– ¡Subamos, pues! sugiere Damián.

– ¡Ya estaba yo por proponérselo!

María pasa primero. La coge el sol. Baja la mirada hacia los baldosines rojos del enlosado.

– ¡Vaya! lanza su padre tras ella.

– La ventaja de las terrazas, comenta sobriamente Meredith haciendo eco, positivo esta vez, a las palabras que ha pronunciado un instante antes.

Los desiguales muretes están provistos de esos agujeros llamados ojos de buey que dan a la casa, desde lo lejos, su aspecto de paquebote hundiéndose. María, con la mano en visera, contempla el paisaje. La vista es magnífica y, al contrario de lo que suponía, se distingue un pedazo de mar.

Busca con la mirada el promontorio desde el que divisó la mansión. Lo encuentra sin dificultad y localiza el camino recorrido, que se pierde bajo los árboles, ahí donde se topó con el hombre del perro.

María se reúne con Damián y Meredith. La consejera se ha bajado en la nariz las gruesas gafas de sol. María nota por primera vez las arrugas alrededor de la boca que le dan un aire severo, ahora que el brillo de los hermosos ojos verde tirando a gris ya no lo atenúa.

Vuelven a la planta baja, y Meredith los hace pasar por el garaje donde destaca un banco guarnecido de herramientas. Al reparar en una muela eléctrica, Damián se acerca. Le da al botón y provoca un ruido agudo, más estridente que veinte tornos de dentista.

– Nada mejor para afilar cuchillos, grita para dominar el sonido de la máquina.

Meredith se precipita para apagar con rabia la muela que Damián contempla pasmado.

– ¡Por Dios! ¿Le ve alguna gracia?

El ruido disminuye como el de una sirena y, en el nuevo silencio, el ambiente sigue vibrando por el estallido de cólera de la consejera.

– Pues... empieza Damián, confuso.

– Lo siento, se excusa Meredith. Estoy un poco de los nervios últimamente... Mi reacción estuvo totalmente desproporcionada.

– No, no, protesta suavemente, fui yo quien no debí.

El sonido de un móvil. Él de la señorita.

- Una llamada de la agencia, dice dándoles la espalda. Sigán sin mí. Luego vengo.

El jardín, de tamaño modesto, no fue mantenido desde hace meses, pero conserva mucho encanto. María y su padre se dirigen sin pensarlo hacia una alberca.

- Sé lo que te piensas, suspira Damián.

- ¡Me extrañaría! Si apenas he respirado...

- Precisamente, es tu silencio el que habla. Te piensas que estoy ligando a Meredith y lo estoy haciendo muy mal, ¿verdad? ¿es eso?

Padre e hija suelen intercambiar libremente.

- Exactamente, así es. Lo estás haciendo como un incapaz de primera categoría. ¡Lo de la muela, por favor, entre otros! Cuando la miras o le diriges la palabra, ¡se te ve venir!

- ¡Y tú, hijita mía, me vienes con eso por tu larga experiencia, claro!

Enseguida atenúa lo hiriente que podría resultar este comentario :

- ¿Se me ve venir?

- ¡Eso mismo, papá! Se te ve venir.

Es un reproche que ella suele hacerle.

- Bueno, dice. Cambiemos de tema. Puede que sea un incapaz de primera, pero te gané en la carrera. ¿Qué tal tu ascensión? Meredith ha hablado de escalada. ¿No te habrás puesto en peligro, verdad?

- No, dice María. Sólo me he perdido un poco.

Ella se entera de que Damián, como si nada, sí que estuvo atento a ella, lo que la ilusiona.

Ya llegan a la extremidad del jardín. La alberca rectangular, de la que un lado largo está bordeado por un pequeño seto de alheñas, encierra un agua verdosa tirando a negra. María hunde su mirada dentro.

- ¡Puaj!, dice Damián usando adrede una de las palabras favoritas de su hija.

Meredith no tarda en salir del garaje y reunirse con ellos.

– Esta alberca es horrorosa. Tenía previsto mandar que la limpiaran y luego se me olvidó... Bueno, me van a perdonar, pero voy a tener que volver a la agencia. Entonces, ¿qué les parece la mansión? ¿La van a alquilar?

Damián está sorprendido : ya se hizo la reserva algunas semanas antes. ¿Cómo podría desistir ahora?

– Por supuesto, responde.

– Miren, sigue Meredith, también tengo que decirles...

Levantando sus gafas de sol, duda como hace poco en el momento de explicar por qué la mansión se quedó vacía tanto tiempo. Su mirada traduce una profunda preocupación.

– ¿Qué pasa? se inquieta Damián.

– Para decir la verdad, debí empezar con eso. Hubo un crimen aquí, el año pasado...

3. Liliana

Damián encaja la noticia.

– ¿Aquí mismo? pregunta. ¿Quiere decir en esta misma mansión?

Meredith asiente.

– Aquí mismo, precisa, por este lado de la alberca.

Instintivamente, Damián y María se apartan del lugar que designa.

– Una niña, añade con una mirada furtiva, una niña de tu edad.

A María, chocada, no se le ocurre otra cosa que defenderse con una risa nerviosa :

– ¡Y la mató su padre!

Enseguida siente este lance estúpido, pero Meredith confirma :

– ¡Exactamente! ¿ya les han informado?

– ¡Para nada! grita Damián, turbado tanto por el suceso como por la intuición de su hija. Si ella lo ha dicho así... Por favor, María, déjate de inspiraciones lúgubres y espera que cuente Meredith.

– Yo misma descubrí el cuerpo, reanuda la consejera. Debería decir los cuerpos. Monzini estaba postrado ante el cadáver de su hija a la que acababa de asesinar. Dios mío, sólo con recordarlo...

Meredith ha dado la impresión de santiguarse : un gesto vertical para designar el sitio del padre y otro horizontal, para evocar el de la hija. Se gira y saca un pañuelo de papel de su bolso.

- Soy ridícula.
- No, usted no es ridícula para nada, la consuela Damián, poniéndole una mano en el hombro con delicadeza.
- Meredith le agradece la preocupación. Damián quita su mano con la misma delicadeza.
- ¿Cómo se llamaba? pregunta María.
- Liliana. Sí, una niña de tu edad... Oh, ¡Dios mío!
- El recuerdo de lo que llamaron entonces los periódicos «macabro descubrimiento» la sigue atormentando, y su emoción se hace contagiosa.
- Déjelo, le dice Damián con voz poco asegurada, no tiene por qué contar más.
- Meredith se recompone.
- No pasa nada. Alejémonos de la alberca. Estoy bien. Al contrario, me alivia contárselo.
- Estaremos mejor dentro, propone el padre de María. Venga, voy a prepararnos un té. Pero ¿por qué no nos dijo nada hasta ahora?
- No habrían alquilado la mansión. Nadie quiere alquilarla. Ni hablar de evocar el crimen en nuestra página web, pero por teléfono, siempre digo la verdad, y la gente se echa para atrás. Cuando me dijo usted que venía con su hija, se me atragantaron las palabras, ¿entiende?
- Entiendo.

Algunos instantes más tarde, los tres están sentados en la mesa de la cocina. María ha ido a por la caja del té en el coche y Damián ha puesto a calentar agua.

Meredith emprende el relato del suceso :

- Era a mediados de septiembre. Aquella tarde, yo tenía cita con Monzini, el inquilino de la mansión. Me mandaban los dueños para hablar con él.

El portal estaba abierto en grande. Meredith se había acercado a la puerta de entrada. Había llamado. Sin respuesta. Había dado la vuelta a la casa, suponiendo que Monzini y su hija se encontraban en el jardín...

En efecto, ahí estaban, y la consejera no había entendido la situación de inmediato.

– El padre, sentado en el suelo, no contestó al saludo que le lancé de lejos. Quizás no me oyera. Su actitud tenía algo anormal, y Liliana estaba tirada en el suelo, bocabajo.

Meredith tiembla al acordarse de ello.

– De repente, entendí... Confieso que no sé cómo pude actuar así. Si ocurriera hoy, huiría gritando...

Había demostrado una sangre fría impresionante. Se había acercado al asesino, quien se mantenía postrado al lado del cuerpo, le había dicho sencillamente : «Señor Monzini, ¿qué es lo que ha hecho usted?...» y le había pedido que le diera el cuchillo.

En la cocina, donde flota un perfume a té de bergamota, la palabra «cuchillo» suena extraña en la boca de Meredith. Cada uno piensa sin decirlo en el episodio de la muela eléctrica. Damián carraspea.

– ¿Aceptó darle el arma?

– No, se la quedó apretándola en la mano. Así permaneció hasta el momento en que llegaron los gendarmes, tras llamarlos yo. Era inútil contactar al SMUR, pues Liliana había dejado de respirar y su frente tenía la frialdad de la muerte... Durante todo ese tiempo nos mantuvimos inmóviles, callados, a la vera de la pobrecita... ¡Dios mío cuánta sangre, cuando lo pienso!

– ¿Pero por qué? gritó María, conmovida por el relato. ¿Por qué la mató? ¿Cómo puede un padre matar a su hija?

Meredith sopla suavemente en su taza y toma un traguito de té.

– No dio explicaciones, ni más tarde a los investigadores, ni durante todo ese tiempo que pasé con él. Tampoco le pregunté nada. Me faltaban fuerzas. Él estaba consciente de mi presencia, estoy convencida, pero no pronunció ni una palabra.

La consejera da más informaciones : Monzini vivía desde hacía años en esta mansión. Se la había dejado la antigua

dueña, una mujer original y riquísima, del que él había sido jardinero. Parece que una relación sentimental los había unido durante un tiempo.

O bien, él le había hecho tantos favores que la señora había concebido una amistad inquebrantable hacia él. Sea lo que sea, Monzini se beneficiaba gratis de esta vivienda, en la que la dueña los había instalado a su mujer y a él, con su hijita de dos años.

Luego, por una de esas malas casualidades de la vida, la dueña había muerto repentinamente de un ataque cardíaco, mientras la esposa de su ex jardinero fallecía, por su parte, en un accidente de coche.

Estas dos defunciones, acontecidas de golpe, habían afectado profundamente a Monzini. Se había encerrado en sí mismo, dejando de ver a las pocas personas que frecuentaba, y ya no había dirigido la palabra a nadie. En el pueblo, se preocupaban por la pequeña Liliana, y los servicios sociales se pusieron a investigar sobre la manera con la que el tipo educaba a su hija. Resultó que, a la peque, la criaba muy bien.

Cuando llegó el momento de los aprendizajes, ella cursó buenos estudios, sin faltar nunca, siempre puntual y trabajando con regularidad.

En suma, una hija y un padre modélicos, aunque marginales, llevando su vida sin mezclarse con los demás. Lo que terminó molestando. Le reprocharon a Monzini que viviera sin mujer, aislado, con la única compañía de su hija que se iba haciendo señorita. Hasta hubo rumores lanzados para mancillarlo.

En este momento de su relato, Meredith se dirige más particularmente a María :

– Sí, mancillarlo. No puedo expresarlo mejor. Pero todo era falso. Yo vi a Liliana dos o tres veces, era una niña radiante, ¿entiendes lo que quiero decir?

María asienta con la cabeza y traduce :

– Sana.

- ¡Exacto! Una niñita sin problemas, eso es lo que todos sus camaradas de clase afirmaron. Iba a entrar al colegio. Damián y María intercambiaron una sonrisa triste.

- Como les dije, prosigue Meredith, los conocí a él y a su hija, poco antes de que cometiera aquel acto... monstruoso - ¡y sin embargo he sido testigo de que no tenía nada de un monstruo! Se volvió loco, eso es todo, se le saltaron los plomos, si me permiten la expresión.

Los herederos de la finca acabaron manifestándose. No tenían nada en contra de Monzini. Simplemente, consideraban que una decena de años pasados en la mansión, sin otra cosa a cambio sino su único mantenimiento, ya constituía un favor enorme. Deseaban alquilar la casa.

- Para eso acudieron a nuestra agencia, y me encargué de este expediente, concluye Meredith.

Se levanta.

- La acompaño a su coche, propone Damián.

- No es necesario, conozco el camino. Sobre todo, espero que me perdonen por no haber dicho nada del asunto por teléfono. No fui capaz.

- He entendido.

- Todavía pueden renunciar. Me hago cargo de devolverles el alquiler.

- ¡Ni hablar! Váyase tranquila.

Para su mayor asombro, y de Meredith, María pregunta de repente a la consejera :

- Por casualidad, ¿no tendría Monzini una mano blanca un poco torcida, y una especie de perro leonado?

Ambos la miran, perplejos.

- Al subir, hace poco, me crucé con un tipo raro, explica. Meredith toma consciencia de la inquietud de María.

- Siento que hayas oído todos estos horrores. Debí hablar a solas con tu padre.

- No pasa nada, replica María, ni que viva en el país de los Ositos Cariñositos, si cada día se escuchan cosas así por la tele. Sólo es que ahora es como si pasara en casa...

- Entiendo, dice Meredith. Puedes estar totalmente tranquila. Monzini tiene dos manos normales, y ¡tiene miedo a los perros! Un día vine a visitarlo con mi perro labrador y me obligó a dejarlo en el coche. No fue con él con quien te cruzaste, sosiégate. A Monzini lo juzgaron y condenaron. Está preso en una entidad psiquiátrica, cerca de aquí.

Súbitamente, la consejera cae en la cuenta de cuanto «psiquiátrica» y «cerca de aquí» pueden parecer inquietantes.

- En fin, cuando digo «cerca», es al menos a cincuenta kilómetros. Y además ahí suelen cargarlos, lo llaman «camisola tranquilizante», eso los encierra aún más que tapas, de cierto modo, y los transforma en vegetales.

Al oír la palabra «vegetales», María no puede evitar pensar en la mano color de endivia.

Tras la salida de Meredith, Damián alza los ojos al cielo :

- ¡Y yo con esa maldita muela que se supone que afila cuchillos!

- No podías saber, papá.

María observa a su padre intensamente.

- De saberlo, ¿habrías alquilado la mansión?

- ¡Por supuesto que no!

Esta respuesta la asombra.

- Entonces ¿por qué no estás resentido con Meredith?

- La entiendo. ¡Ponte en su lugar! La coincidencia de las situaciones, si puedo decir así... El casting padre-hija...

- Precisamente. Por eso mismo debía de habértelo dicho.

Pero Damián parece dispuesto a perdonarlo todo a la consejera.

- Mira, María, vamos a olvidarnos de todo eso y pasar buenas vacaciones, ¿vale?

Aprueba blandamente, y ahora le toca sentir que la mirada de su padre está pesando en ella.

- Dime : ¿qué es exactamente esta historia de tipo con mano blanca y perro leonado?

Vacila, toma un tono a la manera de Meredith :

- Nada importante. Acude a mi agencia mañana y te lo diré.

Él sonríe.

- ¿Y qué más?

- Pues me crucé con ellos y pasé mucho miedo. Por el perro, quiero decir.

- ¿No llevaba correa?

- No, pero no te preocupes. El tipo lo llamó y el can obedeció enseguida.

No sabe qué más contar. Su padre tiene razón, hay que olvidarse de todo eso.

- Empiezo a tener hambre, dice ella.

4. Julián

Desde que se fugó, la antevíspera por la noche, Monzini casi no ha dormido. Estuvo andando toda la primera noche, favorecido por la claridad del cielo de verano y la luna ascendente. Sus ojos no tardan en acostumbrarse a la penumbra.

Durante el día, se escondió en un bosque, cubriéndose de hojas. No consiguió el sueño, pero no pasó hambre. Comer le importa poco. La sed es diferente. Felizmente, conoce los senderos de la zona, y sabe dónde están las fuentes. Ni siquiera lo piensa. Actúa según su instinto, orientado hacia su meta.

Poco después del anochecer, prosiguió su camino y no tardó en sentir que lo seguían. Con todos los sentidos en alerta, se volvió y localizó un movimiento en un matorral. Abrió la chaqueta de su chándal y asió el cuchillo de carnicero robado en la cocina del establecimiento. Lo lleva de colgante en el cuello, con un cordel en el agujero del mango. Al acercarse del matorral, blandiendo el arma, descubrió al perro.

«¡Levántate!» En realidad, ni pronunció palabra. Bastó con una mirada y el hombre sometió al animal. Él que siempre había odiado a los perros ya no teme nada. Entendió que Dios le enviaba esa magnífica bestia, con el cuchillo de carnicero y el claro de luna, para ayudarlo en su búsqueda.

Hoy, Monzini tomó el riesgo de caminar en pleno día. Hizo bien, ya que Liliana vino hacia él. En un primer tiempo, había encontrado la mansión cerrada. Lo cual lo había

turbado. Había dejado de tomarse las medicinas desde hacía una semana y tenía el mono, con sudadas heladas, temblores irreprimibles y crisis de angustia. Una angustia desgarradora, como una mano gigante apretándole el corazón. Pero su confianza permanece intacta : mañana volverá la paz, y cada pregunta tendrá respuesta.

Por ejemplo, la del número de cuchilladas. No es necesario decidirlo con antelación. En el momento de matar de nuevo a su hija, golpeará y el número será el bueno, ni más ni menos, como la primera vez.

*

No han tardado mucho en vaciar el coche. Pronto han despachado el almuerzo : pans-bagnats comprados en el camino por la mañana, yogures y albaricoques.

Damián ha decretado una siesta obligatoria que es el único en respetar, en la intimidad de su cuarto. María ha elegido leer, tumbada en el sofá del salón. Pronto, se le ha caído el libro de *fantasy* de las manos. Elfos, gnomos y princesa intrépida resultan impotentes para borrar la realidad de la mansión del crimen.

Un fantasma ronda este lugar. A pesar de que sabe que se cambió el mobiliario, María no puede dejar de imaginar a Liliana viendo la televisión, desayunando en la cocina, vistiéndose con prisas tras ducharse para no llegar tarde a la escuela...

Pensándolo bien, estará mejor fuera – con la condición de no acercarse a la alberca.

Contra un muro del garaje, ha localizado una hamaca de tela en su embalaje. Arrastra la caja hasta la sombra de dos pinos y saca los tubos de metal uno por uno. Se esmera en no chocarlos, para no molestar a Damián en su siesta.

Para ella, resulta un juego infantil montar el dispositivo en forma de cuna y colgar la tela de anchas rayas amarillas y blancas en la cual se tumba. Tras contorsionarse

un rato, encuentra la postura ideal y se balancea lentamente. A la mayoría de las niñas de su edad, piensa, les encantaría exponerse al sol en bañador en la terraza tras embadurnarse de crema de broncear. A ella, todo lo contrario. Para ser sincera, nunca lo ha probado. La sombra de los pinos le conviene. El aire está suave y perfumado y, cuando cierra los ojos, el balanceo que imprime a la hamaca parece el de las olas.

Siente ansias por ir a bañarse, como para lavarse del olor a cerrado que reina en la casa. Meredith le habló de una playa de guijarros poco frecuentada por los veraneantes, porque su acceso es difícil. En cuanto Damián emerja de su siesta, lo presionará para que vayan.

Con su padre, se ve que es bastante hábil y la mayoría de las veces acaba saliéndose con la suya. Con la condición de no pasarse y tomar ciertas precauciones ; por ejemplo : nunca hay que decir que Isabel, sí que la dejaría hacer tal o tal cosa. ¡Damián odia que lo pongan en competición con su exmujer!

María cae en la cuenta de que aún no ha llamado a su madre. Y eso que Damián le había pedido que la avisara de su llegada... Ha dejado el móvil en la mesilla del salón. Lo hará luego. A Isabel, no le contará lo del crimen. Se han puesto de acuerdo, Damián y ella, para contárselo más tarde.

Un ruido acaba de cesar, atrayendo la atención de María, quien, hasta entonces, lo percibía sin realmente enterarse : el ruido de una máquina de motor subiendo en la carretera. Se había fundido, como si nada, entre el canto de las cigarras, el zumbido de los insectos y el estremecimiento de las ramas de los pinos bajo la brisa.

La hamaca se sitúa cerca de la verja que da a la parte más arbolada en la que María ha caminado, esta mañana. Precisamente, pasos en las agujas, un respiro un tanto jadeante... hay alguien al otro lado. María se endereza con el corazón en un puño.

– ¡Buenas tardes, señorita!

Se asoma la bonita cara de un mozo por un hueco del seto.

– ¿Quién es usted?

– Me llamo Julián. Meredith me encargó que limpiara la alberca. Necesito ver cómo está. El portal está cerrado, así que he dado la vuelta para intentar encontrar a alguien, a usted, o su padre.

El tal Julián, de tez morena y sonrisa alentadora, tiene aproximadamente veinte años. De súbito, una duda se apodera de María.

– ¿Puedo ver su mano derecha?

La sonrisa se cuaja en la cara del visitante y vuelve a moverse. Agita por encima del seto una mano de dedos finos, que no tiene nada en común con la que María recuerda como una pesadilla.

– ¿Tiene usted un perro? vuelve a preguntar.

– Desafortunadamente no, me comí el último que me quedaba ayer.

María siente que se está sonrojando. Sus sospechas son ridículas : aquel mozo enviado por Meredith no se parece en nada al hombre del perro.

– Dé la vuelta otra vez. Le va a abrir mi padre.

– ¡A sus órdenes señorita!

Sigue burlándose de ella.

– ¿Por qué me trata de usted y me llama señorita? le pregunta, acompañándolo un rato a lo largo de la valla. Ya ha visto mi edad.

– Estimada princesita, le replica con una sonrisa en la voz, hay una verja entre nosotros : usted está del lado del palacio y yo del del pueblo. ¡No insista, nunca me casaré con usted!

Se separan sus caminos.

– Sólo somos inquilinos, le grita ella, nada de dueños, ¡usted tendría que saberlo!

De lejos, él le lanza con alegría :

– ¡No soy más que un villano, un miserable al que le exigen un salvoconducto!

Damián ha despertado suavemente por el ruido del *scooter* que trepaba hasta la mansión. Tras las usuales presentaciones, elogia a Julián, como aficionado que es, por su *scooter* :

– Una copia del Piaggio de los años noventa... ¡Bonita maquinaria!

María los escucha distraídamente, contemplando el retrato de un Indio en el carenado. Luego observa de reojo al recién llegado.

Pronto, el trio da la vuelta a la casa y se encamina hacia la alberca. Damián y Julián conversan acerca del material necesario para la limpieza que planean.

– No empezaré antes de mañana, a la fresca, anuncia el visitante. Ahora estaba yendo a la playa, sólo he parado para ver qué pinta tenía, y conocerlos a ustedes.

– ¿Trabajas con Meredith? le pregunta el padre de María.

– No, no exactamente. Puede que le haga algunos favores durante las vacaciones. Soy estudiante. En realidad, es mi hermana. Me lleva diez años. Soy su hermanito...

Su sonrisa comunicativa los contagia.

– ¿Qué estudias? sigue preguntando Damián.

– Filología inglesa. Y usted es médico, ¿verdad? Me dijo Meredith que pensaban ir a la playa de Dornal. Justamente es ahí adonde voy.

– Pues quizás nos veamos ahí, dice Damián.

– ¿Para qué esperar? protesta María. ¡Estoy ansiosa por bañarme! ¡Papá, por favor!

Damián está vacilando.

– Ya habló la princesa, lanza Julián.

María no se enfada, pero le parece que su padre se ríe un poco mucho con esta broma.

- A usted, villano de pueblo, replica, ¡nadie le pide su opinión!

Entre Julián y ella, se instauró el tratamiento de usted como un juego. Damián los observa, divertido.

- Vale, de acuerdo. Vámonos a preparar las cosas para la playa. Julián, ¿qué te parece si nos precedes con el scooter?

- Con gusto.

La playa de Dornal es tal como lo había anunciado Meredith: «su acceso es difícil.»

- Uno debe merecerla, explica Julián tras aparcar Damián y él en el arcén, a la salida de una curva en horquilla. Primero, la carretera no tiene mucho tráfico, y segundo, hay que saber que se puede bajar por aquí.

El sendero por donde los lleva es estrecho, tortuoso. Al cabo de una centena de metros, el mar se les aparece. Lo dominan. Una escalera, reforzada por peldaños de cemento, se habilitó en la piedra natural. Baja a pico del acantilado hasta la playa de guijarros blancos.

- ¡Es mágico! se exclama Damián, boquiabierto frente a la belleza del lugar. ¡María, cuidado con la bajada!

- Déjalo, papá. ¡Mejor ten cuidado tú con tu vértigo!

En efecto, su padre no se muestra muy tranquilo, controlando exageradamente cada uno de sus pasos. Julián, quien los precede, con la toalla alrededor del cuello, se da la vuelta sonriente.

- Ya llegamos.

- Gracias por precisarlo, le lanza María, ¡ni que fuéramos ciegos!

Una decena de veraneantes, como mucho, están esparcidos por la playa en medio de la cual acceden. Julián se dirige hacia su extremidad más cercana. Gruesas rocas caídas componen una barrera que se adentra en el mar. Sin hacerles caso a Damián y María, instala su toalla como acostumbra y pronto se quita zapatos de tela, camiseta y

pantalón corto, bajo el cual ya está en bañador. Ni siquiera toma la temperatura del mar, y se zambulle con agilidad.

– Magnífico gesto artístico, comenta Damián a María, pero cero eliminatorio en cuanto al riesgo de hidrocución... ¡Hija mía, el médico que soy te aconseja que no hagas lo mismo!

– ¡Ni hablar! replica, mientras la cabeza y el torso de Julián emergen y él levanta el pulgar a su intención, para indicar lo buena que está el agua.

Sin pensarlo, Damián ha tendido ante él la toalla-caseta de felpa, para permitir a María que se cambie, como siempre. Ella se la arranca de las manos y la tira al suelo.

– Pero papá, ¿qué haces? ¿Estás mal de la cabeza? ¡Si yo no necesito que me sirvas!

Asombrado por la viva reacción de su hija, Damián nota las miradas inseguras que ella lanza hacia Julián y los veraneantes más cercanos. De golpe toma consciencia de su pudor.

El hermano de Meredith se ha puesto a nadar hacia la alta mar. María recoge la toalla-caseta, y se abriga en ella, dejando aparecer sólo la cabeza. Se apura en quitarse la ropa y ponerse el bikini antes de deshacerse de la toalla.

– Sí, ya sé : me queda grande el sostén, me faltan cadenas, y la depilación no está en la agenda.

– Pero... ¡si no he dicho nada! protesta su padre, abrumado.

– «Precisamente, es tu silencio el que habla.»

– Cita de Damián en su lengua original, replica él. Para que lo sepas, no tengo ninguna prisa en verte crecer.

– Yo tampoco, decreta ella, sin estar segura de pensarlo realmente.

– Pero ocurrirá, ya está ocurriendo y me parece muy bien así, le dice tendiéndole el frasco de protección total.

Ella guarda silencio un rato, mientras se embadurna.

– No puedo sacarme este maldito crimen de la cabeza, dice.

- ¡María! ¡Por favor, olvídate de esta historia! Venga, corre a bañarte, ¿no te morías por ello?

- Y tú, ¿qué?

- Deja que me contorsione yo también bajo la felpa, y enseguida voy.

Ella se aleja en las puntas de los pies, sensible al calor de los guijarros y tratando de no torcerse un tobillo.

- ¡María! llama él.

Ella se da la vuelta.

- Eres muy bonita

- ¿En serio?

- En serio.

Vuelve hacia él para darle un beso.

- Papáito mío.

- Flaquita mía, le responde, emocionado, abrazándola con ternura. Si quieres, cancelamos la reserva. ¿Has oído lo que dijo Meredith? Sólo tengo que llamarla y ¡ya está!

María lo piensa un instante.

- No, papá, no merece la pena. Este lugar es estupendo, el lugar de tus ensueños.

Vuelve a encaminarse hacia el mar.

- ¡Coge la pelota cuando vengas! lanza sin darse la vuelta.

5. María

Monzini y el perro han permanecido a proximidad de la finca. Ha sacado del bolsillo su gran tubo de pomada para bebé, blanca y perfumada, y se ha embadurnado la mano con ella. Es una costumbre que cogió, que lo tranquiliza e impide que piense demasiado en los medicamentos que le faltan.

Al principio de la tarde, mientras estaba adormecido, la llegada del *scooter* lo ha sacado de un sueño en el que un Piel Roja montado en un pony lo saludaba. Monzini suele soñar con esto a menudo.

Se ha encaminado hacia el seto dirigiendo una señal al perro – «No te muevas» – y ha escuchado las conversaciones.

¡Liliana se hace llamar María! Ha encontrado a un nuevo padre y un amigo, pero Monzini no se deja engañar. Este falso padre y este falso amigo también son muertos vivos. Han hablado de la playa de Dornal. Una señal más : a Liliana le encanta esta playa, hasta se bañó ahí la víspera de su muerte. Todo encaja : hoy toca la playa y mañana toca la muerte, como la primera vez.

Monzini ataja por la garriga, con el perro pisándole los talones. El negro de su vestimenta absorba el sol. Más vale ropa blanca en verano. Pero el chándal lavado de la sangre, bien planchado, esperó durante meses en la maleta. Ni siquiera se molestó en colgarlo de un perchero.

Ya sabía que llegaría el día en que lo vestiría de nuevo para volver a la mansión. Desde lo que los demás llaman

«el crimen», siempre supo que Dios le permitiría reparar su error.

Bajo el chándal ardiente, el sudor en el que está bañando desprende un aroma acre. Le gusta este olor. Al perro también le ha de gustar y eso es porque lo sigue a todas partes. Pero el animal, quien lo ayudó a hallar a Liliana, ahora lo está estorbando.

Monzini localiza, más lejos en la curva, el coche y el *scooter* aparcados. Conoce el camino que el grupito ha cogido para bajar a la playa. El perro se pone a gruñir. Ha debido de oler a Liliana-María. Esto enoja a Monzini.

«No, perro. No gruñas. No asustarás a mi hija, ¿me oyes? Nunca más le darás miedo.» Monzini arrastra al animal más adentro entre los matorrales de retama, abre la cremallera y quita el collar de cordel de donde cuelga el cu-chillo. El perro lo mira con ternura aun cuando el hombre alza la hoja y la hace centellear bajo el sol.

*

Han improvisado un juego de pases a diez, colocando a Damián en posición de interceptar la pelota, lo que pronto consigue con un lanzamiento corto de su hija. Ahora le toca a María. Julián y su padre no le dejan ninguna oportunidad. Ella se cabrea por esta complicidad masculina que establecen a sus expensas. Al cabo de cinco o seis partidas, abandona.

– ¡Estoy harta!

Su padre adopta una cara avergonzada, que carece totalmente de sinceridad. Julián está, como un hermano mayor, en la trayectoria de María. Ella lo fulmina con la mirada. Él se aparta.

Mientras se seca, ella los observa. Hacen rebotes en la superficie del agua con la pelota y se divierten como niños de la dirección inesperada que toma cada vez y de las salpicaduras.

María está un poco aburrida. Saca del bolso de playa los prismáticos y sigue en alta mar un barco que pasa, luego, barre lentamente el horizonte hasta alcanzar las rocas que delimitan la playa a su izquierda. Gira la cabeza suavemente, con las manos firmes sin estar crispadas, para apuntar el artillugio hacia el lugar por donde llegaron. Lo que quiere es producir un movimiento armonioso, como el de una cámara. Montarse una película. Localiza el pie de la escalera rocosa, sube hacia arriba y por poco suelta los prismáticos.

Un hombre está sentado en un peldaño. No tiene perro a su lado. Él sabe que ella lo observa. Le hace una señal con una mano... ¡blanca!

María se desvía, con el corazón en un puño. Es el momento que elige su padre para salir del agua con la pelota. Se junta con ella, con la frente preocupada.

– ¿Estás bien?

– El tipo de esta mañana, con el chándal negro, allí, en los escalones...

Damián entrecierra los ojos.

– No veo a nadie.

Ella toma de nuevo los prismáticos, comprueba. Ha desaparecido el hombre.

– ¿Estás segura de que era él? ¿Tu «hombre del perro»?

– Esta vez, no he visto al perro.

– Mira, María, quizás te estés haciendo ideas. Te preocupas por nada. La gente tiene derecho a pasear.

– Ha entendido que lo estaba mirando. ¡Me ha hecho una señal!

– ¡Yo que él hubiera hecho lo mismo! dice Damián, tomando por testigo a Julián que acaba de salir del agua a su vez. Sorprendes a alguien espíandote con prismáticos, ¿Qué haces?

– ¡Hola! contesta sin vacilar el hermano de Meredith asiendo su toalla. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

– Nada, dice María.

Prefiere no insistir. Quizás tenga razón su padre. Un simple paseante, sin duda. En un impulso de voluntad, ha elegido pensar en otra cosa.

– Ahora que los niños han dejado de jugar, se burla, van a tomar su merendita.

Damián rechaza el paquete de galletas que les tiende ; Julián coge dos cookies.

– Gracias, princesa. Usted es forrrr-midable, dice, imitando una canción de moda.

Al volver a subir, Damián y Julián hablan de buceo con máscara y tubo. María camina en silencio. No está tranquila. Arriba, se vuelven para admirar el azul del mar. Los azules, corrige Damián, maravillado por los matices debidos, explica, a las corrientes y a las variaciones de profundidad.

Toman en sentido contrario el sendero y alcanzan la curva donde han aparcado. Damián le tiende la mano a Julián.

– Gracias por ser nuestro guía.

– Estaré en la mansión mañana a las ocho para la alberca. No os molestéis en levantaros por mí. Nada más, dejad abierto el portal.

– ¡Vale!

Julián dirige una señal a María.

– Buenas noches, princesa.

Ella intenta encontrar una réplica graciosa, pero su corazón no está para eso y se contenta con un «hasta mañana» común.

Damián se siente obligado a poner subtítulos :

– Es este crimen lo que la tiene preocupada.

Julián parece aliviado :

– Ah ¡Os lo contó Meredith! ¡Mejor! Era estúpido callároslo. De todos modos, ibais a enteraros... Ya es agua pasada. ¡No dejéis que se amarguen vuestras vacaciones con eso!

– No era nuestra intención para nada, concluye Damián.

Sube con María a la berlina, tras un adiós a Julián que los sigue durante una parte del camino antes de bifurcarse.

6. Damián

«Cada pregunta tendrá respuesta.» Apartado del sendero, Monzini levantó el cuchillo para golpear al perro y... ¡no lo bajó! La cara de María se interpuso entre el animal y él. «¡María!» ¿Para qué diablos se hace llamar así?

Su compañero lo miró con una expresión burlona en los ojos amarillos, y Monzini se quedó perplejo. El perro entreabría ligeramente la boca como si sonriera :

Por fin, lo has entendido.

Monzini, quien no había entendido nada de nada, experimentó vértigo. Por primera vez, con esa sonrisa del perro, Dios le entregaba una respuesta... ¡sin que supiera a qué pregunta!

Decidió abandonar el animal, al menos provisionalmente. «Debo buscar la Pregunta, ¿es eso, perro? Me la tiraste como un palito y volveré en cuanto la haya encontrado.» El otro asentía moviendo el rabo.

¡Trae!

«De acuerdo. Y tú, perro, ¡no te muevas!»

Monzini volvió a caminar en el sendero, avanzando hasta la escalera que domina la playa. Bajó algunos peldaños y buscó a Liliana-María. Ella lo observaba con prismáticos. Cuando ella lo miró, él se sintió feliz. Le dirigió una pequeña señal antes de volver a subir muy de prisa. Pasó sin detenerse cerca del perro tranquilamente tendido entre dos matorrales. Al entrever el scooter aparcado en la curva, se acordó del Indio, quien, en su sueño, le dirigía una señal.

Damián está en la ducha. María, desde el salón, lo oye cantar a voz en grito. En alguna parte, ha leído que más de la mitad de los aires que canturrea la gente lavándose provienen de la ópera. Su padre participa plenamente de la estadística con «*Toreador*», aunque no lo canturrea, sino que lo chilla, mejor. ¡La noticia no entraba en el detalle de cuántas personas cantan tan mal como él!

Pronto, baja fresco como una rosa y oliendo a gel de ducha.

– ¡A ti te toca, princesa!

– ¡Ah no, no me vengas con eso tú también!

En el cuarto de baño, bajo el chorro de agua tibia, quiere olvidarse de sus temores. Es en Julián en quien piensa, particularmente en su primer encuentro, cuando bromearon a través de la verja.

Decide hacer mentalmente la lista de las cualidades y defectos del hermano de Meredith. Principal cualidad : es gracioso. Defecto principal : dejó de serlo durante el partido de pelota. «Me trata como a una niñata, piensa, mientras que soy bastante madura para mis once años.»

En cuanto a las cualidades físicas de Julián, ¡son numerosas! «No como las mías...» En realidad, se trata del chico más guapo que jamás ha conocido.

María decide contribuir, ella también, a la estadística y se pone a cantar «*L'amour est enfant de bohème*» para hacerle competencia a su padre. «Si supiera que estoy pensando en un chico de veinte años al cantar eso...»

Su padre le grita desde abajo :

– ¿Qué te pone tan alegre?

– ¡Nada! Es lo que cantabas mal, tú, hace un rato.

– Todo el mundo no tiene la suerte de tener tu voz de diva!

María sale de la ducha y se seca. No está enamorada de Julián, sino que juega a estarlo. O quizás sí que lo esté, al

fin y al cabo. Imagina con fruición el sabor que podría tener un beso de él. Es más monito, a pesar de su nariz un poco respingona. Tiene los mismos ojos gris tirando a verde que su hermana. Una maravilla. Decidirá más tarde si quiere o no a este chaval dorado por el sol, finamente musculado y dotado de un excelente sentido del humor. «No insista, nunca me casaré con usted, se mofa, ¡usted es demasiado viejo, definitivamente!»

Se viste. Tendrá que hablarle a Julián del hombre del perro. Quizás ya lo haya visto vagabundear por la zona. Estaría bien que le diera algunas informaciones a propósito del crimen. No los detalles horribles, eso basta, no quiere volver a escucharlos. Se interesa sobre todo por la vida cotidiana de Monzini y de su hija.

Por ejemplo, imagina fácilmente a Liliana yendo a la playa, o esperando el autocar escolar para el colegio. ¿Qué puede impulsar a un padre a matar a su hija, y de modo tan tremendo? Le gustaría conocer la opinión de Julián a este propósito.

– ¿Has aclarado tu bañador? le grita Damián.

– ¡Pues no! Ahora lo hago.

Cuando ella baja, su padre está consultando una guía.

– ¿Te apetece cenar en la costa? He visto un restaurante que me parece excelente, y bastante bien de precio.

Se ha fijado la salida a las 19h30. Damián lee mientras espera, y María sueña despierta en el sofá. A él ni siquiera le parece raro que ella no encienda la tele.

Antes de meterse en el coche, han dado la vuelta a la casa, con vistas a no dejar nada abierto. La berlina baja tranquilamente hacia el pueblo.

María sigue pensando en Liliana y en su padre asesino.

– Qué callada estás.

– ¡Oh! se da cuenta. ¡No hemos llamado a mamá!

Él le tiende su móvil.

– No le digas nada de...

- Está bien, papá, ya lo hemos hablado.

María compone el número.

- ¿Mamá?

Isabel se alegra, pero se queja de no haber recibido noticias antes.

- El viaje ha sido muy largo, explica María, luego el tiempo para instalarnos, entiendes, y nos costó encontrar cobertura...

Damián abre ojazos estupefactos al oír a su hija mentir con tal aplomo. María hace un gesto con su mano libre para barrer cualquier objeción.

Tras el pueblo, una carretera desciende al mar. El restaurante en el que Damián ha reservado se sitúa, entre mucho otros, cerca de un pequeño puerto deportivo. El lugar es encantador.

Tienden el menú a María primero ; se siente halagada. No está acostumbrada a cenar así y le gusta mucho. Concentrada en las fórmulas, los menús, pide muchas explicaciones a su padre, y luego al camarero. Cuando éste vuelve, todavía no ha elegido. Termina tomando una pizza calzone.

- ¡Todo eso para eso! suspira Damián.

- ¿Y qué?

Ella se ríe.

El restaurante está abarrotado, la terraza está muy animada. Los platos tardan en llegar. María está que se muere por comer. Con el baño, le ha entrado hambre y la merienda ya está lejos. Engulle su calzone en un abrir y cerrar de ojos y se zambulle en la carta de los postres.

Media hora más tarde, al llegar por fin su panna cotta de vainilla acompañada de croquets de Provenza, está anocheciendo. Las velas encendidas en las mesas dan a las miradas un brillo agradable. María y su padre conversan tranquilamente. Cuando ella quiere evocar el crimen, él adivina su intención y lleva un índice a su boca.

Ella piensa que tiene razón y cambia de tema.

– ¿Entonces? ¿Vas a salir con Meredith?

– Quién sabe, pequeña provocadora mía... Tiene su encanto, ¿a que sí?

Le traen el café. María, como siempre, moja sus labios en la taza antes de tendérsela con un «puaj» ritual.

Vuelven a la berlina. La subida de noche por la carretera con curvas cerradas los aleja rápidamente de la excelente velada pasada en el restaurante. Se cruzan con un coche que baja un poco veloz y los ciega un instante. Luego, el haz de los faros atrapa de golpe, en su luz movediza, a un caminante en el arcén, a quien Damián evita por los pelos.

María se sobresalta y no dice ni mu. ¿Habría notado su padre la expresión de locura en los ojos de aquel hombre de cara blanquecina? Él permanece callado, pero ella ve que echa una mirada al retrovisor, con las cejas fruncidas.

Cinco minutos más tarde, al llegar, cierra el portal con llave, contrariamente a la recomendación de Julián de dejarlo abierto.

– Estaré levantado cuando venga, se justifica.

La claridad del cielo de verano es su única luz para avanzar hasta la puerta. La silueta masiva de la mansión tiene algo fúnebre. María se esfuerza en apartar de sus pensamientos a Liliana que tenía su edad, y al hombre del perro, a quien asocia con Monzini, aunque Meredith afirmó que el asesino estaba encerrado a cincuenta kilómetros de distancia, en una entidad psiquiátrica.

La luz de la entrada y el cerrojo, que su padre cierra con dos vueltas, la tranquilizan. Damián baja las persianas del salón y cierra las ventanas. A pesar de que había evocado el dejarlas abiertas para refrescar la casa durante la noche.

– Duerme con los angelitos, cariño. No te preocupes por nada. Estaré atento.

Hace el paripé, pero ella está convencida : él también está chocado por haber visto a aquel hombre con cara de cansancio, barba de tres días y mirada alucinada.

En medio de la noche, una pesadilla agita a María bajo la sábana a la que empuja a patadas. Visiones de cuchillo blandido por una mano blanca, de hoja enrojecida por una sangre espesa, con brillos de terror en los ojos de Liliana...

Se despierta. Toma consciencia del lugar donde se encuentra, lo cual no la tranquiliza. Un ruido subsiste de su pesadilla, una queja lancinante. Se levanta. Damián no está en su habitación. Abajo, el salón está encendido. Se acerca a la baranda, no ve nada. Baja la escalera en silencio. El ruido, sobreagudo, aumenta en intensidad.

Descubre a su padre en bañador en la cocina. Está de espaldas. Su mano vacila cerca de la barra magnética antes de asir el cuchillo de hoja más ancha. María está aterrorizada. Todavía su padre no la ha visto. Él cambia de opinión, vuelve a colocar el cuchillo y finalmente saca de un cajón un gran rodillo de madera.

Se vuelve y cruza la mirada de pánico de María.

– A ti también te ha despertado el ruido. Proviene del garaje.

Está hablando en voz baja.

– La muela eléctrica...

Avanza hasta la puerta del pasillo. Ella lo sigue. El sonido se hace estridente. María siente que se le ponen los pelos de punta.

– Escóndete, cuchichea Damián.

Ella se arrincona al lado de un armario, con el corazón en un puño. Piensa que mejor deberían llamar a la policía.

– ¡Papá, no vayas!

¡Demasiado tarde! Ha abierto la puerta del garaje y ha encendido, blandiendo el rodillo de repostería, listo para golpear.

Pronto cesa el ruido. Oye a su padre :

- No es nada, puedes venir.

Se acerca. Él ha encontrado la explicación : Meredith apagó mal el aparato al golpear el interruptor como hizo ; el muelle pudo torcerse, luego voltearse, quizás por una simple variación de temperatura, y la muela se puso en marcha.

- ¡Pues vaya susto que he tenido!

- Y yo, papá, ¡si supieras en qué pensaba!

Solloza y se refugia contra él. Él la consuela.

En la cocina, toman un vaso de leche caliente. Se ríen del incidente.

Damián da su punto de vista : un tipo con un perro de miedo, otro que saluda en la playa y un tercero, azorado, en el borde de la carretera, son motivos para ponerse nervioso, eso sí. ¡Sin hablar del concierto de muela eléctrica! «¡Vaya primer día de vacaciones!»

Ella asiente sonriendo, sin estar completamente convencida. Algo le dice que esos tres hombres son uno solo.

- ¿No se habrá fugado Monzini por casualidad? arriesga.

- Bueno, decide él, te prometo que voy a llamar a Meredith mañana o informarme yo mismo sobre esta cuestión. ¿Te vale así?

Hace que sí con la cabeza. Para tranquilizarla mejor, le propone echar un ojo a cada cuarto. Ningún problema, está todo en orden. María vuelve a acostarse y finalmente la atrapa el sueño.

7. Monzini

Durante toda la tarde, la Pregunta lo ha atormentado, a la que contestaba la respuesta sencilla y apacible del perro. *Por fin, lo has entendido.* ¿Qué se supone que había entendido? El brillo del sol le apretaba las sienes. Se cogía la cabeza entre las dos manos. Hubiera querido abrirla con un abrelatas para mirar por dentro.

Subió de nuevo cerca de la mansión, mitad por la carretera, mitad por los atajos. Se escondió a proximidad del lugar donde, por la mañana, el perro había localizado a la niña. Se tendió, como el animal, allí, y durmió hasta hartarse. Sus primeras horas de verdadero sueño, desde que dejó los medicamentos. Sin soñar, ni siquiera con el Indio.

Al despertar, la luna se levantaba y Monzini se puso a caminar de nuevo en la noche cálida. Un lado de la carretera, luego el otro. Había perdido la más mínima noción del tiempo.

Desembocó en una vía frecuentada, sin tener consciencia de que los conductores apenas lo divisaban por su atuendo negro. Él los insultaba de paso, cuando lo obligaban a tirarse a la cuneta o a pegarse contra la roca.

Al salir de una curva, un coche cuyo habitáculo estaba iluminado se le echó encima. Reconoció a Liliana-María y a su falso padre. La expresión de miedo que tuvieron le pareció un reflejo del suyo. «Ellos tampoco han encontrado la Pregunta. ¡Siguen buscándola, siguen buscándola!... ¡Trae!»

Alejado de la carretera, caminó más y más, de un lugar a otro, absteniéndose de aproximarse a la mansión. Deseaba que amaneciera. Un único pensamiento lo sosegaba, al que se agarraba desesperadamente : mañana, mataría a su hija querida. Así, le devolvería la vida, por fin, eso es lo que les pasa a los muertos cuando se los mata.

A lo largo de su periplo, Monzini tuvo la sensación de la hoja del cuchillo balanceándose en su pecho. El momento de cumplir ya es inminente. Sin querer, volvió al lugar donde había dejado al perro. «Déjame un sitio, perro. No he encontrado la Pregunta y tengo ganas de dormir.» Se tumbó a su lado.

Tres palabras se desprenden, sacadas de la trituradora agotadora de sus pensamientos : *Mi hija querida*. Agua le corre por la cara. No cae en la cuenta de que son lágrimas, y llora mucho tiempo, con la cara hundida en el pelaje apestoso del perro, antes de conseguir el sueño.

*

Al despertar, María echa un vistazo al jardín. Julián ya se está activando cerca de la alberca. Damián le hace compañía. Los oye reír e imagina que su padre le estará contando a Julián el episodio de la muela eléctrica.

La mañana es radiante, fresca todavía. María se ducha rápido para deshacerse de los malos sudores de la noche. Baja. Damián se lo ha dejado todo a disposición : zumo de naranja, cereales, pan bimbo al lado del tostador...

Engulle el desayuno, por las prisas que tiene de reunirse con su padre y Julián, lo que no tarda en hacer.

– ¡Anda, ya está aquí la más bella! lanza Damián con cariño. Buenos días Marinita mía.

Ella pone mala cara al oír su apodo de niña y acecha una luz sarcástica en la mirada de Julián, pero no : el hermano de Meredith saluda a la recién llegada con la misma fórmula de ayer, al dirigirse a ella por primera vez :

– ¡Buenos días, señorita!

Ella los saluda a su vez : un beso para su padre y, para Julián, una reverencia, dispuesta a seguirle el rollo de la víspera.

– Señor jardinero, espero que pronto la alberca esté reparada. Mi padre el rey y yo misma deseamos bañarnos en ella.

– Sus deseos son órdenes, princesa. Y le agradezco la promoción : ¡de villano, resulta que he pasado a jardinero!

Le parece divertida esta réplica y se ríe de la cara que pone su padre al oírlos tratarse de «señor» y de «princesa».

– Pues, dice Damián, entrando en el juego, si mi hija no le ve inconveniente, el monarca que soy va a alejarse de palacio para una o dos horas para acudir al hipódromo de las compras... Algo me sugiere que no desees acompañarme en esta obligación.

El esplendor del día no ha borrado todas las inquietudes, y María experimenta una sensación un poco penosa al anunciar su padre su salida. Sin embargo, elige dar el paripé.

– En efecto, confirma. No existen carritos de mi talla y, sea como sea, ya no tengo edad para que me empujen.

Damián se vuelve hacia el hermano de Meredith :

– Dejándose de bromas, ¿dónde se sitúa el supermercado más cercano?

Julián le da la información requerida.

– Papá, dice María, piensa en lo que me prometiste esta noche.

– No te preocupes.

*

Emergió tarde de su mal sueño. El perro esperaba a que despertara. Llegaron a la mansión por la garriga.

Monzini está temblando. Esta mañana, la falta de medicamentos lo pone duramente a prueba. Ya, en el mes de abril, dejó de tragarse las píldoras, fingiendo tomarlas para dar el paripé a las enfermeras. Entonces su angustia se hizo tal que creyó poder combatirla hundiendo largo tiempo la mano derecha, la mano asesina, en una cacerola de agua hirviente.

El perro jadea por la dificultad del camino, la fatiga y el hambre. «Quieto, perro.» Monzini avanza hacia la verja y mira por un agujero del seto.

Esperaba encontrar a su hija a proximidad de la alberca, pero no está. Sin embargo, los otros dos, sí están. Es la primera vez que les presta real atención. La cara del falso padre no le suena para nada. En lo que respecta al falso amigo, su manera de hablar y sus actitudes, más que su cara, hacen nacer un eco en Monzini. Pero su memoria es un cielo de tempestad, poblado de zonas atormentadas y movedizas, y se agota al querer recordar.

Liliana-María acaba asomándose, y el falso padre no tarda en salir en coche. Pero no el falso amigo. ¿Qué hacer del él? ¿Matarlo también? No duda mucho tiempo : va a esperar hasta que ese tipo termine de limpiar la alberca y se vaya también. Entonces, matará a Liliana para devolverle vida.

Mientras tanto, Monzini va introducirse en la casa. Esta decisión sosiega inmediatamente su angustia. En realidad, lleva dos días dándole vueltas, la mansión donde vivió tantos años lo atrae como un imán. Las ganas de encontrarse en la terraza lo atraviesan con una intensidad casi dolorosa. Desde allí arriba, dominará la situación y Dios lo aconsejará en sus acciones.

Seguido por el perro, bordea la verja hasta el portal de la entrada que el falso padre dejó abierto. Pisa la gravilla intentando que no chirríe demasiado y pasa al lado del scooter.

Una imagen en el carenado retiene su atención : ¡el Piel Roja, el Indio de su sueño, de rasgos angulosos, de mirada

sombría bajo la cinta adornada con dos plumas cayéndole en la oreja! Monzini interpreta esta señal como un presagio feliz. Busca la aprobación del perro, pero el animal le pone su cara burlona, su especie de sonrisa.

La puerta de entrada está cerrada. Lo cual no contraría mucho a Monzini. Se vuelve hacia la cerca de fachada y se acerca para dar patadas a un antiguo poste telegráfico de madera. Lo ha transformado, dos años antes, en un arriate destinado a retener la tierra de una parte del seto.

Monzini evalúa la distancia entre la cima del gran talud que adorna la mansión del lado oeste y la parte superior del muro. Es de unos tres metros. El poste mide uno y medio más, quizás dos. Es ampliamente suficiente. Pronto arranca sus ataduras. Pesa mucho, pero la voluntad de Monzini no tiene límites. Mantiene la extremidad apretada bajo el codo y lo iza con las dos manos cuesta arriba. Se siente todopoderoso.

Los árboles del lado sur lo disimulan de la vista de Liliana-María y su falso amigo del *scooter* de Indio. Hace resbalar el poste encima del vacío y lo levanta lo justo para apoyarlo en una entrada de la cornisa. Asegura sólidamente la base con tres gruesas rocas, evitando así que el trozo de madera resbale o dé vueltas sobre sí.

Bajo la mirada amarilla y dubitativa del perro, Monzini se lanza como un funámbulo. Con tres pasos, sube la ligera cuesta de este puente de fortuna y alcanza la cornisa. Se vuelve para hacer una señal al perro de que lo siga.

¡Ni hablar!

«Entonces, escóndete, perro. ¡No te tiene que ver el Indio cuando vuelva a por su *scooter*!»

Monzini se agarra al parapeto, opera un equilibrio y se deja caer en los baldosines de la terraza.

Tumbado boca arriba, cegado por lo azul del cielo, cierra un instante los ojos, antes de sentarse como los indios. Mira sus manos. La derecha -la quemada, de piel apergamina - le duele particularmente. Gotas de sangre perlan

en sus palmas, en sus dedos, debidas a astillas del poste. No sufre, su verdadero sufrimiento se sitúa en otra parte : en el recuerdo atroz de sus manos ensangrentadas, y en la sensación del cuchillo que tan fuerte apretaba, aquel día...

Ahora, avanza a gatas, con un movimiento resbaladizo, hasta el murete que da al jardín. El motor de la bomba ha entrado en acción hace ya un rato. Monzini arriesga una mirada. Liliana-María y el joven adulto están demasiado ocupados, demasiado atentos uno al otro como para que se les ocurra levantar los ojos.

Ambos se sitúan cerca del lugar donde asesinó a Liliana. No era un asesino. ¿Cómo llegó a ser uno? ¿Qué pasó antes de que se encontrara ante ese cuerpo inerte?

Monzini, temblando, se deja caer de nuevo bocarriba, de cara al azul del cielo infinito, con los ojos entornados hacia el cielo de sus adentros, amenazante y gris. «Cada pregunta tendrá respuesta», nunca lo dudó. Dios le ha tenido lástima y le va a recompensar por su fe en Él.

Siente que se aproxima el momento.

8. El Indio

Han oído que arrancaba y se alejaba la berlina. María está más bien contenta, y un poco intimidada de encontrarse sola con Julián.

Durante largos minutos, el hermano de Meredith trabaja en silencio, muy concentrado. Con gestos lentos y precisos, instala una pequeña bomba eléctrica, para la que ya ha desenrollado una quincena de metros de cable desde el garaje. Luego conecta el aparato con un tubo para vaciar, que coloca al fondo del jardín. Luego, vuelve para encender el artificio. María se tapa los oídos preventivamente. En vano : comparada con la muela eléctrica, la bomba produce un ronroneo de gato.

– Ya está, dice Julián por fin. No hay más que dejar que funcione y limpiar el filtro de vez en cuando.

Las consideraciones sobre el estanque aburren a María. Se lanza :

– ¿De qué estaban hablando con mi padre? Les observé desde mi ventana. Parecían pasárselo en grande.

– Me ha interrogado acerca de Meredith. Me pregunto si el rey no estará un poco colado por mi hermana.

María se ríe con él.

– También hemos hablado de buceo, con máscaras y tubos. Es una actividad que suelo practicar. Damián quiere que los lleve, quiero decir : que vayamos los tres.

– ¿Esta tarde, podríamos?

– Eso le he propuesto. Me he traído el material y más máscaras.

- ¿Sólo han hablado de eso?
- No, princesa. Su padre también me ha contado el episodio nocturno de la muela...
- ... que en el fondo resulta más bien cómico. ¡Ya lo sospechaba yo!
- Pss... ¿Seguro que cómico? Ha evocado a un hombre que la trae inquieta, rondando por la zona.
- Sí, es cierto. ¿Así que aquí lo tengo a usted hecho mi guardaespaldas?
- Para servirla a usted. ¿A qué se parece ese bandido?
- María lo piensa rápidamente.
- El perro es terrorífico, algo así como una mezcla entre pastor belga y hiena. Pero no lo vi más de una vez. El tipo está hecho un adefesio y tiene una mano rara, pocha y blanca, en fin, no exactamente blanca, sino sin color, casi translúcida.
- Ah ¡por eso me pidió ayer que le enseñara la mía!
- Pienso que se trata del asesino, el tal Monzini...
- De ninguna manera, afirma Julián. O, mejor dicho : no hay ningún riesgo.
- ¿Ah no, y eso? Bien pudo fugarse de su cárcel psiquiátrica. Bien se sabe que un asesino siempre vuelve al lugar de su crimen.
- Monzini no tiene mano translúcida ¡y perro, menos todavía! Si les tiene miedo.
- De repente, ella cae en la cuenta de que quizás el hermano de Meredith haya conocido a Monzini.
- ¿Usted lo conocía?
- Muy poco. Una vez, acompañé a mi hermana, para un problema de alquiler. Justamente, Meredith tenía un perro, el año pasado, un labrador. A Monzini le entró pánico. Hubo que esconder al perro en el coche.
- Sí, nos lo contó ayer.
- Es un tipo raro. Quiero decir, ya lo era antes del crimen. Introverso, callado...
- ¿Y Liliana? ¿También la ha conocido?

Concentrado en la bomba, Julián no responde de inmediato a la pregunta.

– Mire, princesa, ¿me haría el favor de levantar la extremidad del tubo, ahí?

María obedece y saca el trozo de caucho.

– Liliana también era una princesa, acaba soltando. Igual que usted.

Planta sus ojos en los de María y su mirada la turba. Julián prosigue, tras un abismo de tiempo :

– Una que otra vez fuimos a la playa juntos. A escondidas de su padre. Te lo digo entre tú y yo.

El repentino tuteo pone fin al juego de roles. María se siente halagada por ser tomada en serio, al mismo tiempo que avergonzada por estas confidencias.

– Cuánta pena usted ha tenido... has tenido que sentir, dice amablemente, quiero decir cuando su padre la... en fin...

Él no la escucha. Se ha acercado a ella y la mira como un fotógrafo considera a una modelo.

– Te pareces mucho a ella.

Le pone sus manos en los hombros y baja, rozando los brazos desnudos. Luego le toca ligeramente la mejilla y, con un índice delicado, intenta apartar un mechón para peinarlo detrás de la oreja. María se desprende, con cierta viveza.

– ¿Por qué te sonrojas? se asombra él. ¿Qué te estás imaginando?

– No me imagino nada, sólo que...

La bomba se pone a escupir y oportunamente desvía la atención de Julián. Toma el tiempo de quitar las porquerías que obstruyen el conducto, y se aclara las manos con la manguera.

– Cuando se vacíe la alberca, rascaré el fondo con el cepillo de grama. Luego la volveré a llenar, pero nunca os podréis bañar tu padre y tú. No es bastante profundo. Unos cincuenta centímetros como mucho. Sólo se trata de una alberca de adorno.

María asiente fuertemente con la cabeza, pero le importa un rábano la profundidad de la alberca. No se siente a gusto. Todavía tiene la sensación de los dedos de Julián en la mejilla, de su aliento en el oído. Ahora, si lo volviera a hacer, sus dedos estarían helados por el chorro de agua. Como el corazón de María.

Se arrepiente de haberse vestido así : pantalón corto de algodón y ligera camiseta de tirantes. Le ha parecido que estaba desnuda y se ha estremecido cuando Julián le ha acariciado los hombros. Quisiera alejarse, no permanecer a su lado. Le gustaba más cuando él se comportaba como un hermano mayor y jugaban a la princesa y al villano. No entiende cómo las cosas pudieron voltearse tan rápido y de tal modo. En cuanto a Julián, parece igual, como si no hubiera pasado nada.

– ¿En qué piensas? le pregunta.

– En nada. Me voy para adentro. Me está entrando frío, aquí, en la sombra de los árboles.

La mentira es patética, bien lo sabe, y se siente ridícula. Por eso le cuesta alejarse. Tampoco quiere que él la juzgue mal, o la tome por una niña. Tiene que decirle la verdad, lo que realmente ha experimentado, y la molesta. Pero resulta difícil encontrar las palabras.

*

Monzini intenta en vano disfrutar del placer de estar aquí en esta terraza donde tantas veces tendió ropa y contempló el amanecer.

La cabeza de Indio en el carenado del scooter se le impone con insistencia y, de golpe, se rompe el velo : Monzini se encuentra proyectado al día del crimen... vuelve del pueblo, entra en la casa, llama a Liliana... ella no contesta... la puerta vidriera del salón está abierta, su hija debe de estar en el jardín... avanza, la llama de nuevo... la ve, es como si ella durmiera, aún está lejos, cerca de la alberca...

le entra miedo... la inmovilidad de Liliana lo aterroriza, cuanto más cuanto que su hija está bocabajo en la tierra...

Monzini se muerde el puño para no gritar. ¡Por fin conoce la Pregunta!

«¿Si no fuera yo quien mató a Liliana?»

¡No, no la habría matado! ¡La habría encontrado muerta y se habría puesto loco! Eso fue lo que dijeron todos, que se había vuelto loco. «No soy un asesino. Sólo recogí el cuchillo, estaba chocado. Soy incapaz de matar. Ni siquiera a ti, perro, levanté la hoja para ti, y no la bajé.»

«Por fin, lo has entendido.»

En la terraza, Monzini toma consciencia de la fragilidad de este instante en el que se han volado los tormentos de su cielo interior. Dios ha ahuyentado las nubes y ha traído su luz. Pero ¿para cuánto tiempo?

*

El sonido de un móvil. Julián saca su teléfono del bolsillo, consulta la pantalla, duda un segundo y acaba cogiendo la llamada.

– Sí, Meredith...

Observa fijamente a María, reteniéndola en su mirada, mientras responde a su hermana. «¿Estás segura?... ¡No me digas!... ¿Desde cuándo?...»

Cuando cuelga, su cara se ha puesto grave.

– Tenías razón, princesa. Monzini se fugó. Mi hermana acaba de escucharlo en la radio del coche... ¡Qué disparate! Dejó un dibujo con la balanza de la Justicia – ¿ves lo que es?– en el dorso de una postal de Niza. Dibujó un cuchillo amenazante arriba de la balanza. Entonces los polis pusieron a sus jueces bajo protección...

– Es una trampa, dice María trastornada. Enredó las pistas. ¡No está en Niza, sino que está merodeando por aquí, alrededor de la mansión! ¿Va a venir Meredith?

– No puede, salió temprano esta mañana para visitar un apartamento, y está atrapada al otro extremo de la provincia.

María quiere avisar a Damián, pero no lleva su teléfono consigo, vestida así...

– ¡Llamemos a mi padre, y a la policía!

Él pone una cara dubitativa.

– ¿Qué les vas a decir? ¿Que has visto a un hombre extraño, una vez con un perro, y otra vez sin él?

– Pues sí, ¿por qué no? ¡Si es la verdad!

– No estoy seguro de que baste esto. Tranquilízate. Deja que lo piense.

No lo piensa mucho tiempo.

– Vamos a encerrarnos en la mansión.

Ella está de acuerdo. De todos modos, él no le deja otra opción.

– Al menos, llama a papá, insiste ella.

No le hace caso, rebusca en el bolso que ha traído, extrae un par de aletas, máscaras. Termina encontrando lo que busca : un cuchillo de buceo. Lo saca de su funda de caucho.

– ¡Ven!

Arrastra a María hacia la casa.

La sombra de la terraza se anima de pronto. Levantan los ojos. El hombre del perro los está mirando desde arriba, con los brazos apoyados en el murete, hirsuto, con la cara manchada y la mirada alucinada.

– Monzini, constata Julián con frialdad.

María sale corriendo con la intención de dar la vuelta a la casa y para en seco al descubrir al perro amenazante que va y viene cerca del scooter, erizados los pelos y retorcida la boca. Julián la ase del brazo.

– Hacemos lo que he dicho.

La arrastra sin miramientos hacia la puerta vidriera y se tira con ella dentro del salón.

– ¡Cierra, rápido!

Una expresión llega a los labios de María : «En la boca del...» Algo le cae en el cráneo y ella se desmaya mientras sopla la palabra «lobo».

*

Saber que no es el asesino de Liliana alivia y sobresalta a Monzini - ¡aterrorizándole sin embargo! No está seguro de tener la fuerza de agarrarse a esta verdad, se pregunta si pronto no va a hundirse de nuevo en la locura. Casi lo desea, porque nada ni nadie le devolverá a su Liliana.

Con lágrimas en los ojos, se endereza con cautela, mira hacia la alberca. María - ¡María! - y el Indio están hablando. Sus voces le llegan, llevadas por bocanadas de aire. A veces, dominan el ronroneo eléctrico. Monzini coge fragmentos de conversación al vuelo, interpreta posturas, adivina intenciones.

Se tensa cuando el Indio se acerca a la niña y le acaricia los hombros, los brazos, la cara. A la niña no le gusta, pero no sabe negarse. El Indio le peina un mechón. Por fin ella se desprende. Su malestar es palpable. Presa de un círculo invisible, no puede arrancarse del dominio del Indio.

Monzini respira cada vez peor. Otro mató a Liliana. Quizás este Indio, quien abusa de su autoridad de joven adulto, y en el que reconoce ahora al hermano de la señorita de la agencia. Ya vinieron juntos a la casa.

Un fulgor le retuerce el estómago : el día del crimen, debajo de la carretera, se cruzó con él. El Indio iba bajando en *scooter*. Se saludaron, ahora lo recuerda. ¡Se saludaron!

Monzini dirige una oración a Dios, una queja muda : «¿Por qué me atormentas así? Al darme la verdad, me quitas todas las fuerzas. ¡Al menos, cuando era loco, tenía coraje! ¡Me duele tanto la verdad! ¡Nunca volveré a ver a mi Liliana!»

Se siente abandonado, inmensamente solo y miserable.
¡Yo estoy aquí!

Se ha olvidado del perro.

¡Muévete! ¡Es capaz de matar a la niña!

Monzini se ha puesto en pie. No debió. El Indio ha reparado en él. Agarra a María y la fuerza a entrar en la casa. ¿Por qué actúa así? Enseguida, Monzini se da la respuesta : al Indio le da miedo el perro.

El estrépito de un florero estrellado. Monzini se sobresalta y se desvía. Atraviesa la terraza corriendo, se inclina hacia el perro y le hace una señal para que venga. El animal trepa al talud y huele el poste. Monzini lo silba suavemente para animarlo.

¡Tú estás soñando! Esos malabares son cosas de gatos.

Monzini insiste. «¡Venga, de golpe! La cornisa es bastante ancha y te deja paso por ese agujero en ojo de buey, mira, ¡si eres flaquito!... ¡Bueno, déjalo, haz lo que quieras!»

*

La evidencia de lo que tenía que hacer se ha impuesto a Julián desde el instante en que llamó Meredith. Lo ha pensado y ha ordenado metódicamente las prioridades en su mente.

No tiene otra opción que matar a Monzini. Luego matará a María, escenificando su asesinato de manera que el loco pase otra vez por el criminal. Todo esto resulta difícil de cumplir, altamente arriesgado, pero no imposible.

Siente tener que eliminar a María, sin embargo, debe hacerse a la idea. Como se había hecho a la idea de liquidar a Liliana. La hija de Monzini había complicado las cosas demasiado. Ambos hubieran podido seguir viéndose en la playa, o en la garriga cerca de la mansión sin que Monzini se enterara. Pero Liliana se había asustado. Todas se asustan. Había amenazado con revelarlo todo a su padre.

Julián recuerda la rabia que había experimentado. Ambos estaban en la cocina. Su mirada había alcanzado la barra magnética. Liliana había sorprendido su expresión. Antes siquiera de que hubiera hecho el mínimo ademán, ella se había escapado gritando.

A veces, se pregunta lo que hubiera pasado si ella no hubiera entrado en pánico, en aquel instante. ¿La habría apuñalado como hizo? Quizás sí, o quizás no.

Liliana había salido al jardín. Él se había lanzado tras ella. Le había impedido dar la vuelta a la casa. La había alcanzado cerca de la alberca. Una puñalada, dos puñaladas, tres puñaladas, antes de que se desplomara. Aún entonces, mientras yacía bocabajo, la había golpeado. Parece que dos veces, ya que la investigación había establecido a cinco el número de puñaladas.

Julián había vuelto a su casa en un estado extraño, se había duchado, había puesto a lavar su ropa. Había esperado a ver qué aconteciera con indiferencia. Hasta le daba igual la pena que le iba a causar a Meredith.

La suerte lo había servido. Al descubrir a su hija, Monzini literalmente había enloquecido de dolor, hasta el punto de creer en su propia culpabilidad. Julián había experimentado una gran sorpresa y un alivio cuanto mayores cuanto que se había cruzado con el padre de Liliana en la parte baja de la carretera, tras subirse al *scooter*.

Sin embargo, no las había tenido todas consigo : Monzini podía recobrar lucidez en cualquier momento. Mientras duró la investigación y luego el juicio, Julián había vivido en ascuas. La condena y el internamiento lo habían tranquilizado – definitivamente, había pensado. ¿Cómo habría podido imaginar que, menos de un año después, el loco estaría de vuelta?

Quizás Monzini haya recobrado la memoria, y Julián no quiere tomar ningún riesgo. Tiene que eliminarlo. La presencia de María le ofrece un móvil. El asesinato de esta niña será un «daño colateral». Ante los investigadores, Julián pretenderá

que María volvió dentro de la mansión justo después de la salida de su padre. Atareado con la limpieza de la alberca, oyó gritos. Se precipitó, armado de su cuchillo de buceo, pero tarde. Vio a Monzini ensañarse en María, tras dejarla inconsciente por sorpresa. Entonces el asesino se volvió hacia él, amenazante. Julián se defendió legítimamente y mató a Monzini de una puñalada – o varias, según...

Que el perro franquee el paso o no, Monzini sabe que ya no debe esperar. Quita el cordel de su cuello para hacerse con el arma. Al tocar el mango, el recuerdo de haber sujetado el cuchillo del asesino le da asco. Deja caer el objeto inútil y, tres golpes con el hombro le bastan para que salte el cerrojo.

Los violentos choques en la puerta de la terraza que acaba cediendo, el pisoteo en el primer tramo de peldaños y la aparición de Monzini en el rellano del primer piso tranquilizan completamente a Julián. El padre de Liliana no tiene intención de huir. Además, no parece armado.

Al pie de la escalera, el joven no exhibe el cuchillo de manera demasiado ostensible. Temiendo que Monzini se asuste y dé media vuelta, lo provoca :

– Acércate, viejo loco, para que te hable de Liliana, para que te cuente lo que hacía con ella...

Monzini no parece oírlo. Sigue bajando a su ritmo. Al llegar al penúltimo escalón, abajo, descubre a María tumbada y repara en el puñal en la mano de Julián.

– No, no está muerta, responde éste a su pregunta muda. No todavía.

Tirándose a fondo como un esgrimidor, el hermano de Meredith lleva entonces a Monzini un tremendo golpe en el vientre, con toda la fuerza de su brazo tendido.

9. El perro

Damián está llegando al supermercado cuando se activa su móvil en el bolsillo de la chaqueta de tela que ha dejado en el asiento trasero. Siente contrariedad al no poder descolgar. Se pregunta quién lo llama así. Espera que todo anda bien para María. ¿Entonces, quizás sea Meredith?

Desea que sea así. Tiene previsto llamarla, para lo que ha prometido a María respecto a Monzini, y para proponerle tomar algo. También puede que sea Isabel. Ayer, María acertó su conversación. Le hubiera gustado que María lo dejara hablarle, precisamente para que se pusieran de acuerdo sobre el momento en que le «devolviera» a María dentro de unos quince días.

Es verdad que él, conduciendo, no estaba dispuesto para atender al teléfono, exactamente como ahora, cuando un inútil no consigue una maniobra y la hace de nuevo, obligándolo a esperar.

Damián da golpecitos en el volante durante un rato antes de acordarse del móvil, que recupera tendiendo el brazo hasta su chaqueta.

¡Meredith! Con una sonrisa de vencedor, escucha su recado : «Hola Damián. Espero que hayan pasado una buena noche y su estancia empieza bien. Mire, acabo de enterarme de que Monzini se fugó de su entidad...» Se le hieló la sonrisa a Damián. «No creo que haya que preocuparse demasiado, pero acabo de avisar a Julián, por las moscas. Con lo que decía María sobre ese vagabundo, no estoy totalmente tranqu...»

Damián no escucha más. Realiza la maniobra que vacilaba en hacer. Indiferente a los bocinazos y a las invectivas de los conductores, remonta en sentido prohibido la fila de los coches.

*

Frente a su víctima abatida al pie de la escalera, Julián prepara lo que dirá a Meredith, a Damián y a los investigadores : «He llegado tarde. Monzini se estaba ensañando con María. Al verme, primero huyó hacia la escalera. Corrí tras él. Se volvió para apuñalarme. Por reflejo de autodefensa, también lo golpeé yo. Parece tonto, pero practico esgrima, creo que me ayudó.»

Todavía no está seguro del interés de pronunciar esta última réplica. Ya verá.

María no tardará en despertarse. Julián sabe que no podrá hacer que crea que el loco es responsable de su K.O. No ha pasado suficiente tiempo entre el momento en que la princesa descubrió a Monzini y el en que recibió el golpe en la cabeza.

Lo sospechará a él, es obvio. Ya lo está sospechando, él ha percibido duda en sus miradas y en su insistencia en reclamar a su padre. No debió tocarla, hace un rato, cerca de la alberca. No corría ninguna prisa. Todo andaba bien, tan fácilmente había gozado de los favores de Damián. ¡Quince días de ensueño, eso es lo que hubiera podido pasar! Habría hecho alarde de prudencia, sin necesidad de acudir todos los días. Sin contar que acaso Meredith hubiera ligado a Damián – ella le había confesado que le parecía «para comérselo» – ¡y él también para con ella!

María y él habrían tenido momentos sólo suyos. No la habría apremiado, la habría llevado a desafiar lo prohibido. Claro, ella se habría avergonzado, mejor así : su vergüenza lo protege a él, impidiéndolas que hablen.

¿Por qué siempre lo complican todo las princesas?

Vuelve de la cocina con un cuchillo y se aconseja limpiar sus huellas en el momento de colocar el mango en la mano de Monzini.

Se dirige hacia María. Ella empieza a despertar.

*

Su cráneo vibra como si le hubieran trasplantado los motores de diez bombas de agua en el sitio del cerebro. Un reflejo de supervivencia le manda que no abra los ojos, sino que se concentre en lo que ella escucha. Es difícil. Siente lances en la cabeza y el pánico empieza a invadirla.

Reacciona instintivamente, como aprendió a hacer con su monitor en el club de escalada cuando amenaza el vértigo. Inspirar suavemente por la nariz, expirar, inspirar, expirar, cada vez más lentamente.

«Voy a salir adelante, se dice mientras ni siquiera ha entendido lo que le ocurre. Va a volver papá.» Quiere consolidar esta esperanza como se refuerza un dique al subir las aguas. Para no ser sumergida. Se dice que, si Monzini hubiera decidido matarla, ya lo habría hecho. ¿Para qué dejarla inconsciente? Se acuerda de que él había llamado a su perro, cuando se cruzó con ella por primera vez. Se agarra a un clavo ardiendo.

Ella no sabe interpretar los ruidos que oye y no se atreve a abrir los ojos por miedo a encontrarse con la mirada del loco. Se esfuerza en no dejarse invadir por el pensamiento de lo que le pasó a la pobrecita de Liliana.

María ni tiene interés en mostrar que ha vuelto en sí. A pesar de todo, asume entreabrir los párpados. En su campo de visión aparecen trozos de la lámpara cubriendo el suelo y, más lejos, a Monzini yaciendo, de quien no puede ver la cara, pero a quien identifica por el chándal negro.

La situación se impone entonces en su pleno horror. Ha sido Julián quien la ha dejado inconsciente, ¡claro!

Monzini no pudo bajar tan rápido, ¡a no ser que atravesara dos techos por magia! Recuerda la fijeza de la mirada de Julián, en el momento en que su hermana le contó por teléfono la noticia de la evasión de Monzini. Eso es porque no obedeció cuando ella le pidió que llamara a Damián.

Recuerda cuatro palabras : «Te pareces a ella.» Se le brotan lágrimas del dolor provocado por la verdad. Julián es un perverso y el asesino de Liliana. Acaba de matar a Monzini. Y ahora va a matarla a ella.

No se sorprende al escucharlo decirle :

- Lo siento princesa...

*

Los tres kilómetros que lo separan de la mansión se le hacen interminables a Damián. A lo largo del trayecto, su cerebro hirviente hace que se representa al hombre de esta noche, mendigo azorado y nocturno. No puede quitárselo de la mente. El único pensamiento positivo que pueda atenuar su angustia es el del hermano de Meredith. Por lo menos, ha dejado a su hija entre buenas manos.

En el lugar donde, la víspera, se detuvo para dejar a María para que subiera andando, algo le parece extraño allí arriba. Una inconveniencia. La mansión ya no tiene exactamente su aspecto habitual. Si bien aún se parece a un paquebote, como lo hizo notar María, se diría que la nave ha estibado. Un cordaje tendido parece sujetarlo a tierra, en el cual una criatura se mantiene en equilibrio.

Espantado por lo que está viendo y no consigue interpretar, partido entre el deseo de llegar rápido y la necesidad de entender lo que pasa, Damián para el coche. Los prismáticos aún están en el bolso de playa. Los coge y los enfoca en la mansión, entre los pinos.

No es un cable lo que une la vivienda con las rocas del talud, sino un poste de madera en el cual intenta avanzar

un perro color de fuego – ¡el de Monzini, por cierto, puesto que María lo vio con él!

Para el padre de María, el escenario no deja lugar a duda. El asesino acaba de penetrar en la mansión por la terraza. Su animal intenta alcanzarlo, pero el vacío lo asusta demasiado.

Damián arranca como una tromba. Se lamenta, se reprocha el no haber tomado en serio los temores de María. «¡Marinita mía, si supieras cuánto me odio!»

Al franquear a toda velocidad los últimos metros, lanza en su móvil el número memorizado de Meredith. Ella lo coge al tercer timbre.

– ¡Llame a la policía! le dice. ¡Rápido! Monzini está en la mansión y retiene a María y a Julián.

*

Se endereza de un salto... ¡en teoría! En práctica, el choque recibido en la cabeza le ha estremecido el cerebro como una descarga eléctrica. Sólo se incorpora un poco y resbala en los cascos de cerámica. Estos primeros movimientos incoherentes la salvan de la primera cuchillada que Julián da en el vacío.

En el peligro extremo en que está, ninguna palabra se le ocurre para intentar negociar con el criminal. Su cara a cara es animal. Con el cuerpo ligeramente inclinado, tensa, atenta a permanecer anclada en el suelo, María se está jugando ni más ni menos que la vida, como en una pared. El más mínimo error le será letal.

Julián la observa con menos soberbia, menos presunción. Ha comprobado su determinación. Y su inquietud aumenta desde que se escucha un motor a lo lejos.

Por su parte, María entreve en la mirada del asesino la voluntad de acabar cuanto antes. La segunda cuchillada

no la sorprende, pero se defiende mal : estúpidamente, intenta apartar el brazo criminal y se corta la mano en el filo de la hoja. El dolor escuece violentamente. María no le hace caso. Repara en no resbalar sobre los restos de la lámpara, y trata, con pasos rápidos, de colocar la mesa del salón entre ella y su asesino. Mala suerte. Él ha anticipado su maniobra y otra vez se encuentra demasiado cerca de ella. Aun ha empeorado la situación de María : además de los lances en su cráneo y la llaga ardiente en su palma, se sitúa de espaldas a la pared de la escalera. El cuerpo de Monzini le estorba el paso para huir lo bastante rápido hacia el piso superior.

Se acerca el coche, chirrían los neumáticos. ¿Cuántas curvas aún será necesario aguantar? No apartar los ojos de Julián. No hablar, no gritar, permanecer concentrada.

El silencio es tal, fuera del ruido demasiado lejano del motor, que María oye gotear la sangre de su mano al ritmo de los latidos de su corazón y de ese tambor que le suena en la cabeza. Pronto va a golpear Julián, lo sabe, lo huele. También puede hacer trampa, fingir para llevarla a desplazarse exactamente dónde quiere él.

En el hombro de María, la sensación fría de la barandilla de la escalera. Piensa que podría asirla con las dos manos y proyectarse con los brazos, horizontalmente, para alcanzar a Julián en la barriga, con los dos pies juntos. Una fuerza vital la empuja a actuar así, como una heroína de película o de video juego. Y una pulsión contraria la retiene, anticipando el dolor del contacto de su palma en carne viva en el tubo de metal, que ni siquiera está segura de poder asir.

La sacuden sollozos. Está perdida. Lee la satisfacción de Julián. Él conoce exactamente su estado. Está por golpear. María cierra sus manos en la barandilla metálica, ahogando un alarido de dolor.

Un pisoteo particular en el primer piso capta entonces su atención. En el suelo de cemento de la escalera, se precisa

el *tip tap*, que identificaría entre miles, a la vez tierno y duro, almohadillas y zarpas : patas de perro.

Julián también lo ha oído y levanta los ojos. El animal leonado brota en un derrape descontrolado, recorriendo tres peldaños en la espalda y restableciéndose en barrena, con la boca abierta, proyectando un gruñido cavernoso al mismo tiempo que baba. Julián intenta patéticamente protegerse de ese proyectil. María estalla de una risa breve y nerviosa, de la que no tiene consciencia.

Con el antebrazo preso de los colmillos, desgarrado a zarpazos, Julián aúlla de dolor y de rabia. Suelta el cuchillo que María manda a pasear con el extremo del zapato. El hermano de Meredith se debate, quiere librarse, pero el perro no cede.

María, fascinada, contempla a su salvador. El olor potente del animal se mezcla con el de Monzini tumbado en el embaldosado. Con los ojos desorbitados, el perro parece pedir algo. Ella cree entender y se inclina sobre Monzini. Respira, pero débilmente.

– No está muerto, le dice al perro.

Lo sé.

El perro sigue fijándola de una manera insistente, que la aterrorizaría si él no acabara de salvarle la vida. Con el brazo atrapado en su boca, Julián ya no se agita y gime sin cesar.

Bruscamente, María entiende. ¡El perro está agotado! Ya no puede retener más tiempo al preso.

– Espera, le dice.

La lámpara de cerámica roja hacía juego con la azul, a la izquierda de la puerta vidriera.

– ¿Qué vas...

María hace callar a Julián estrellándole la lámpara en la cabeza.

– ¡De parte de la princesa!

El perro ha soltado su presa en el buen momento. Estira dos o tres veces la mandíbula para relajarla, antes de dirigirse hacia Monzini, cuya cara se pone a lamer.

En el bolsillo de Julián, María encuentra el móvil. Conoce los números de urgencia y la dirección precisa de la mansión. Sin esperar la llegada de su padre, llama al SMUR.

*

Damián gira la llave y entra en la casa, armado con una irrisoria manivela de cric. Su mirada se dirige hacia el perro de Monzini vigilando a su amo tirado, con un puñal metido en el vientre ; luego hacia Julián, inconsciente entre restos de lámpara.

María sale de la cocina, con la mano enrollada en una toalla ensangrentada. Nunca la ha visto tan pálida.

– Acabo de llamar una ambulancia, ahora, para Monzini, le dice. Tú, llama a la policía.

– Ya está. Meredith se hace cargo. Oh, cariño mío...

Se precipita hacia ella y el perro se pone a gruñir.

– ¡Calma! lanza María, tanto para el perro como para Damián. He salido adelante, sólo es un corte.

Entonces se marea, se echa entre los brazos de su padre, y se abandona llorando.